



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

El imaginario del profesor rural en las novelas del maestro normalista Manuel J. Ortiz

Luis Rubilar Solís

I.- Educación y profesorado en el comienzo del siglo XX

A pesar de la relativa estabilidad institucional vigente durante el siglo XIX y de fundaciones estatales tan emblemáticas como las Escuelas de Preceptores(as), la Universidad de Chile y el Instituto Pedagógico, cada día se hacía más evidente la gradual insuficiencia del 'sistema escolar' para responder a los requerimientos de la población. Esto, sumado a la larvada implosión de la 'cuestión social', el centralismo y el diacrónico dominio de las clases pudientes (oligarquía) sobre el pueblo mayoritario, genera la formalización de agrupaciones mutualistas y gremiales, especialmente en el campo del magisterio. Todo ello trasuntado, además, en congresos (1902, 1912) y publicaciones, de variada índole, cuyo resultado se concretará en la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria (1920), la Constitución de 1925 declarando la Educación 'atención preferente del Estado', y la dictación del decreto N° 7.500 (1927).

En el ámbito escolar la situación era dramática durante la primera década del siglo XX: insuficiencia de escuelas y maestros (unos 4.000), menesterosa situación de éstos en cuanto a salario y condiciones de vida, burocratismo, compadrazgo y centralismo, violencia escolar rural y urbana, trabajo y maltrato infantil... De sus más de tres millones de habitantes, al menos un 60% era analfabeto. Es esta realidad la que afrontaban, particularmente los egresados normalistas y preceptores 'interinos', así como los 'secundarios' (titulados o no), y más aún los que ejercían en provincia, y en zonas rurales. Tal fue el escenario en que vivió sus primeras experiencias docentes el profesor Manuel Jesús Ortiz, concretamente en los pueblos de San Ignacio y Bulnes en la provincia de Ñuble, comunas agrarias, deprivadas culturalmente y sometidas al poder político local, las más de las veces arbitrario por parte de caudillos y terratenientes.



Artículos para el Bicentenario

II.- La trama historia-biografía-literatura como constructora del imaginario chileno

Uno de los tópicos novedosos en el ámbito científico-cultural es la creciente develación respecto a la imbricación existente, por una parte, entre la historia y la novela, y por otra, entre biografía y creación literaria (novela, en particular). En términos de Carlos Rama: "Para escribir la historia de nuestro mundo contemporáneo será necesario recurrir en la misma medida que al análisis de archivos y los hechos materiales a la literatura de la época, y dentro de ésta especialmente a la novela... Cada novela lleva incrustada una interpretación de la vida. La novela constituye un material documental de primer orden..." (1975: 26-28). En dos trabajos nuestros, uno referido a *Les misérables* de Víctor Hugo y otro, a la vidapoesía de Pablo Neruda (ambos del año 2003), junto con confirmar el enunciado de Rama, hemos incursionado en la compleja trama relacional entre biografía del autor y su obra literaria. A partir de tales implicaciones incluíamos la ficción poética elaborada por Pablo Neruda como ingrediente fundamental del imaginario nacional y latinoamericano.

Porque, en el caso chileno, qué duda cabe acerca del notable influjo que la letra, el relato histórico, el ensayo, la poesía, la novela han desempeñado, desde sus inicios, en su proceso de construcción identitaria. Nombres paradigmáticos en esta elaboración han sido, entre otros, Alonso de Ercilla, Alonso de Ovalle, Manuel Lacunza, el abate Molina, Andrés Bello, José V. Lastarria, Francisco Bilbao, Alberto Blest Gana, J. Toribio Medina, Gabriela Mistral, y Pablo Neruda, como dijimos...

Un intento de catastro de novelas chilenas referidas a lo educativo se contiene en un artículo de P. Arancibia y J. Guerra (1991) consignando 24 títulos, el primero de los cuales es *Cartas de la aldea* (1908) del profesor Manuel J. Ortiz. En la acción educativa fueron los maestros normalistas los artífices cotidianos del constructo identitario nacional, premunidos de una formación integral e integrada, la cual incorporaba el arte, y en especial la educación musical, como mediadores didácticos en la conformación psicosocial del carácter chileno. El paradigma europeo de la Ilustración, el 'iluminismo' cultural, salvatorio para las personas y las naciones, era cultivado como artículo de fe por parte de las cohortes magisteriales egresadas de las escuelas normales chilenas.



III.- La imagen del profesor normalista en tres novelas de Manuel J. Ortiz

3.1 El autor

Fue don Manuel Jesús Ortiz Espinoza (1870-1945) un personaje excepcional y emergente de las particulares circunstancias espacio-temporales propias del cambio de siglo y de la conmemoración del Centenario nacional (1910). Con familia enraizada en la provincia de Ñuble (San Carlos, al igual que Violeta Parra), sus habilidades verbales y lingüísticas lo llevaron a estudiar en la Escuela de Preceptores en Santiago (luego, 'Abelardo Núñez'), obteniendo el título normalista en 1887. En 1888 se funda la Escuela Normal de Chillán, en la cual el Profesor Ortiz será más tarde docente y subdirector (1890), como también profesor de Castellano del Liceo de Hombres, e irradiando su pluma hacia el periodismo a través del legendario diario 'La Discusión', del cual fuera su Director (1908), mismo año en que se publicaran sus reconocidas *Cartas de la aldea*, sabrosas crónicas costumbristas sobre la vida cotidiana de un maestro rural. Y aquí se enuncian prietos y entramados los múltiples roles que ejerciera entonces: maestro, escritor, periodista. Pronto se agregarían los de Maestro de maestros y Subdirector en la Escuela Normal 'Abelardo Núñez' (1912), de redactor (con el seudónimo 'Bergerac') y director del diario *Las últimas noticias* (1918), en Santiago, culminando su actuación pública como Diputado por Ñuble, en representación del partido Radical (1921-1924). Contemporáneo de notables figuras de la época como Darío Salas, Carlos Silva Vildósola, Raúl Silva Castro, Luis Gómez Catalán, Manuel Rojas, Omer Emeth, muchas de ellas elogiaron sus creaciones y prohicieron sus publicaciones.

Casado con doña Eudosia Sandoval, fue padre de tres hijos (Gustavo, Manuel Eduardo y Graciela), todos profesionales, dejando así abundante progeñe en Chile. Diversos testimonios lo retratan como un hombre culto y tolerante (masón), con un agudo y catártico sentido del humor, lector contumaz y orador de léxico exuberante, con amplio manejo literario y artístico. Tales disposiciones psicosociales se evidencian también en sus escritos: amenos, pulcros, irónicos y sarcásticos, realistas, descriptivos ('casi fotográficos'), en los cuales el modelaje en las letras europeas, particularmente españolas y cervantinas, se palpa en el estilo de sus coloquiales artículos costumbristas. Su última obra publicada (1935) lleva por título, precisamente, *Relatos y comentarios (Tipos y escenas de la vida nacional)*.



Artículos para el Bicentenario

Su predilección por el castellano (sector 'lenguaje y comunicación', diríamos hoy), fue permanente, tal como lo demuestra el hecho que su primera publicación (1896, con J. Türke) fuese un bellista texto de *Ejercicios prácticos de Castellano* conteniendo en sus 76 páginas preceptos sobre: Ortología (silabeo, deletreo, abecedario), Analogía, Sintaxis, Ortografía, Composición. Era el primer 'cuaderno' de una serie de cinco (nunca completada) y en el Prefacio declara que "es para enseñanza según el sistema de los pedagogos dresdenses director Baron y profesor Thieme; según Programa aprobado por la U. de Chile i a las doctrinas de don Andrés Bello". No es casual, decimos, que el tema de la alfabetización y del silabario cruce transversalmente sus didácticos escritos literarios, describiendo su cultivo como tarea central del maestro primario.

3.2 Pueblo chico, 1904 (edición 1932, 88 páginas).

Es llamativo el hecho que esta obra, al igual que *Cartas de la aldea*, se estructure en la forma de un epistolario, con el ropaje clásico de Cicerón o Séneca, ganando con ello una mayor conexión empática con el lector y una carnadura semántica más vívida y cotidiana. Ambas se visten como epístolas abiertas y públicas, describiendo y denunciando a la vez críticas y crónicas situaciones de injusticia y pobreza que van (sobre)viviendo los maestros rurales en Chile, así como sus escuelas y la mayoría de las familias de sus alumnos.

Lo particular de este inicial epistolario (7 cartas) es que los protagonistas principales son dos sacerdotes, uno, el noble cura párroco de Villabaja (Julián) y el presbítero Z., su profesor en el Seminario. La aparición soterrada del maestro de la aldea (Gabriel), en medio de la pugna del párroco con los bandos contrarios (Alarcones y Albornoces, nativos, y los forasteros) enfrentados desde siempre en el pueblo, y de su sorda lucha subjetiva al enamorarse de la joven Emilia, se va haciendo omnipresente en el diálogo y en el trágico desenlace de la pareja prohibida, llegando a ser Gabriel el autor de la última carta.

En su texto se destacan las 'cimas nevadas de los Andes', el papel primordial de 'don Bruno, primer alcalde perpetuo de la Municipalidad', y la permanente y amistosa polémica sostenida entre el cura y el maestro de Villabaja acerca de sus roles sociales.

Así discurrió la primera discusión entre Gabriel y el cura, en casa de Emilia:

"¿Qué potencia más eficaz que la de la religión?. - La de la escuela, señor cura... Sí, señor; los mejores son hoy los más instruídos. Desde mi humilde pupitre de maestro hago yo quizás



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

más que usted desde su púlpito por la felicidad de los hombres. ¿De qué modo? Arrancando del alma de los niños todas las malas simientes que la herencia y el ejemplo de sus padres han sembrado en ellos... No ofrezco la felicidad eterna, pero ofrezco la felicidad aquí en la tierra, para el día de mañana.... Por eso procuro que en mi escuela haya luz, mucha luz para los cuerpos y para las almas... por el sol de la verdad experimental... Usted, sin duda, pertenece al número de los maestros comunistas, que predicán el comunismo en sus escuelas... Yo, señor cura, soy un comunista convencido y entusiasta. Dedico mi vida entera a nivelar las clases sociales, no abatiendo a los de arriba, sino elevando a los de abajo hasta colocarlos a todos en el mismo nivel... Yo quiero hacerla por medio de la educación... El remedio a los males del presente no es la creencia, es la ciencia: no lo expende la Iglesia, sino la escuela" (40 y ss.).

Obviamente el imaginario 'comunista' al que alude el maestro y su predicado como tal, no corresponde al real sino más bien al ideario social-demócrata que sí profesaba el personaje-autor (recordemos que el 'partido comunista' chileno fue fundado por Luis E. Recabarren recién en 1912).

Hemos relevado este diálogo entre el cura y el maestro ya que es altamente representativo de las sordas luchas entre el poder clerical de la religión en el pueblo contra el influjo cada vez mayor de liberación y culturización irradiada desde las escuelas por sus 'iluminados' maestros normalistas. Y, en definitiva, la consagración del poder de la Educación, a través de sus fundamentos científicos, incluso positivistas, en el transcurso del siglo XX.

3.3 Cartas de la aldea, 1908 (edición 1996, 260 páginas).

Según lo dicho antes, esta celebrada obra de ficción real constituye un singular híbrido literario: epistolario, artículos costumbristas, novela, con trazos de ensayo y trechos autobiográficos, y con algo de texto crítico. Incluso su aparición en el escenario público nacional tiene ribetes originales. Según cuenta el director de *El Mercurio* (1908), quien recibiera su primera carta desde Chillán: "luego que hube leído la carta de Ortega, escrita en un estilo correcto y elegantísimo, con tan buena gramática y tan culto y castizo lenguaje, como rara vez se escribe en Chile... debía de ser un caso rarísimo y singular de preceptor con más literatura y más talento que la mayor parte de los



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

profesores de aquel ramo, y que muchos Ministros de Instrucción..., ahora uno de los libros más hermosos que se hayan impreso en nuestro país".

En estas publicadas misivas el hablante cuenta los trabajos y los días como maestro de escuela, normalista, con el esmirriado sueldo de \$ 50 (cincuenta pesos) mensuales. Las peripecias de sobrevivencia laboral y familiar, inmerso y aislado en medio de la maledicencia y el litigio cotidiano de los vecinos, de la disidencia menuda y el abuso del poder estatuido, pugnando heroicamente por derramar cultura en la epidermis aldeana, así como los diarios lamentos y sumatorias frustraciones, constituyen el caldo de cultivo que alimenta la palabra, el párrafo y las entrelíneas de esta cuarentena de 'artículos de costumbres chilenas' que, editados como novela, asombraron y deleitaron a sus lectores desde entonces. "Siendo mi empeño - dice - trazar cuadros lo más exactos posibles de la vida aldeana" (45). El ropaje estilístico derivado de los grandes españoles como Garcilaso, Luis de León o Cervantes, logra su intención comunicacional, pero no permite con ello la expresión del decir popular, del habla campesina, de las 'costumbres' reales de los vecinos de la aldea. Algo de ello rescata al referir las 'Fiestas Patrias', y al designar nominalmente algunos sucesos y cosas del convivio comunitario como el 'mate', la 'botica', la 'rayuela', el *güeñi*, el *charqui*, la 'lepidia', el 'rezador de velorios'... Pensamos que la imposición de lo hispánico en el formato gramatical y lexical, tal como sucediera con Andrés Bello, castra lo vernáculo, 'ningunea' a los grupos pobres o campesinos, moviéndose la trama novelada en la dinámica que peculiariza a los 'notables' del pueblo, entre los cuales inclúyese por su significación cultural al maestro.

En donde su pluma alcanza ribetes de fina ironía en lo humano y de refinada descripción de lo natural es en los tres capítulos destinados a las 'Termas de Chillán', en donde emula a veces a Ovalle, Molina, Neruda o Gonzalo Rojas. La añosa tradición del viaje, hoy aligerado por la máquina, es revivida aquí por un endeudado y gotoso maestro Ortega, moviéndose airoso hacia "el imponente y majestuoso volcán Chillán" (72).

Junto a este natural personaje, otro, ya cultural, ocupa un lugar destacado en la novela, es decir, en la escuela y el pueblo: el 'violín'. El maestro Ortega, poseedor de tal artilugio, ganaba a veces respeto, otras interés, porque participase en eventos y fiestas. 'No se olvide traer su violín' cerraban tales esporádicos convites:

"Yo, por mi parte, di pez al arco, mudé al violín un cuerda gastada y lo templé convenientemente. El violín de un maestro de escuela es una gran cosa, sin duda alguna... El



violín es un espantapenas incomparable... Y mi violín, por otra parte, es en el pueblo tan apreciado que no hay boda, ni bautizo, ni fiesta de santo a que no lo inviten, y a mí con él, y a veces, como ahora, a mis hijos y a mi mujer" (140).

Si bien formalmente el preceptor-autor (M.J. Ortega) declara como protagonista al sin par Alcalde del pueblo, don Faustino, no deja de ser una velada ironía y una elíptica crítica al poder exacerbado que alcanzaban estos cargos políticos en provincias, así como los de Sub-delegado, regidor, comandante de policía..... El relato epistolar del maestro discurre secuencial al avance del año escolar, y sus variados rituales y vicisitudes (matrícula, exámenes, vacaciones, pagnas...). A pesar del drama del escaso sueldo, lo que sostiene su acción sociopedagógica es la motivación por la enseñanza, su vocación docente: "A fe que si no fuera por el poco sueldo, no tendría yo razón para quejarme de ser maestro de escuela en esta aldea" (23).

Es interesante costatar que el entramado básico de problemas atingentes a la educación y al rol del maestro aquí expuesto, se reedite 40 años después en otra novela, *El maestro Ciruela* (Oscar Martínez, 1948). En ella, 'Juan Baucha', maestro 'interino' de la Escuela 'Los Chiríos', enfrenta idénticas peripecias, pero representa un personaje más identificado con la lengua y las costumbres efectivamente 'populares' y chilenas, que casi fueran escotomizadas por la pluma de Manuel J.Ortiz ("El preceptor de la aldea, escribe Martínez, quiéralo o no, rápidamente se contamina del ambiente en que actúa", 95). En su Proemio, expresa J. Danke: "se sintetiza el drama de Martínez, normalista... la Instrucción Primaria Chilena: la escasez de personal idóneo; las bajas rentas del que está en servicio y de la politiquería enquistada en el magisterio; la crueldad con que el común de las gentes se permite manifestar su desprecio hacia el profesor" (9). Más aún, hoy día siguen pendientes algunas de las endémicas falencias de la educación chilena. Salvas las diferencias de un siglo respecto a las *Cartas* de J.M. Ortega, y casi medio siglo de la novela de O. Martínez. El *Informe de la Comisión sobre formación inicial docente*, Serie Bicentenario (2005) expresa hoy: "que la Pedagogía, en tanto disciplina, no goza de una adecuada valoración y comprensión por parte de la opinión pública y otros actores relevantes de nuestra sociedad" (67).



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

3.4 El Maestro (novela), 1914 (163 páginas)

La 'proyección' de la vida del autor (Ortiz) en el personaje de esta 'novela' (ya no epistolario), el normalista Mauricio, y su espacio de acción docente ('Escuela de hombres', de San Lorenzo) es tal, que podemos decir que viene a representar semióticamente su propia 'autobiografía'. Las condiciones biográficas del propio Manuel J. Ortiz: preceptor normalista, hijo de madre tempranamente viuda, poseedor y ejecutante de un violín, admirador de personajes europeos (escritores y pedagogos), se reciclan como en un sosias en su personaje Mauricio. Las obras anteriores (epistolares) serían aprestos para esta su obra terminal e identificatoria, una 'novela' con su experiencia desplegada, la vida del 'maestro'. Al comienzo, la dudas de su elección lo corroen:

"Todas aquellas cosas que aprendí en la Escuela Normal, mi amistad tan estrecha con Rousseau, con Fröebel y con Pestalozzi, mis conocimientos sobre raíces cúbicas y cuadradas, sobre ecuaciones y binomios, y sobre triángulos y polígonos; mi habilidad para sacar armonías de las cuerdas del violín; todo eso y mucho más que yo sé y conozco...¿habré de emplearlos en desasnar a rústicos hijos de estúpidos labriegos?" (6).

La omnipotencia del recién egresado, la visión discriminatoria y despectiva hacia quienes no 'saben ni conocen', el autorreconocimiento del valer personal, están patentes en este discurso. Sin embargo, es la conciencia de la propia pertenencia a este mundo deprivado y el recuerdo de su madre, quien con sus sacrificios hizo posible sus estudios, y quien le rogara: "Procura que te den una escuela lo más cercana posible a nuestro pueblo", lo que le reafirma su decisión de quedarse en San Lorenzo, con sus cercanos "bosquecillos de 'huallis' u otros árboles indígenas propios de la montaña".

Tras hospedarse inicialmente en casa de su colega la maestra: "María Luisa, preceptora 'interina' de la escuela mixta del pueblo... había estudiado humanidades en un liceo de capital de provincia, y acababa de regresar de un curso de perfeccionamiento para maestras interinas..."... "El amor a los niños suple con ventaja en una maestra a todo lo que pudieran enseñarle los libro de pedagogía", le decía solidario Mauricio (20). Ella vivía con su madre y su hermana menor, Lucía, de quien se enamorará el flamante normalista, por lo que, para evitar comentarios y lograr



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

autonomía, buscó y por fin pudo arrendar una pieza. Allí ordenó sus iconos y personajes más queridos, con quienes, incluso, se 'identificaba':

"Una viuda anciana... aceptarlo por huésped, por una suma equivalente a las tres cuartas partes de su sueldo...la pared...con... su diploma de preceptor, un retrato de Pestalozzi, otro de Sarmiento, otro de don Abelardo Núñez, y otro de su madre...(Allí) leía tranquilamente el Quijote, libro que era su compañero inseparable y al cual recurría con deleite...(60)...Dos libros, entre todos los que componían la pequeña biblioteca de Mauricio, eran sus preferidos: el Quijote y Cyrano de Bergerac. Hallaba cierta similitud entre sí mismo y los héroes de Cervantes y de Rostand...(98).

La percepción de su 'escuela' no constituyó precisamente una motivación aleccionadora:

"De todas las feas casas que rodeaban la plaza de San Lorenzo, la escuela era la más fea, sucia y abandonada... Lo único de la escuela que agradó al maestro fue el sitio en que estaba edificada... se propuso hacer allí un huerto que cultivaría él mismo con sus alumnos, para despertar en ellos el amor al trabajo manual, y cuyos productos se repartirían... la solidaridad y la mutua ayuda" (51)

Ya ciudadano del pueblo deberá sobrellevar una hostil y permanente actitud de control y rechazo por parte de los hombres 'principales' de la aldea, tan bien delineados en sus obras anteriores. Notables que no tardaron en motejarlo: 'señor concéntrico', el 'misiú"... Aquí tales personajes eran: el Subdelegado, don Venancio, con sus pregonadas y nunca realizadas obras: el ferrocarril y el agua potable; el leguleyo y retrógrado Don Rufino ("Y a propósito ¿qué piensa Ud. de la enseñanza de la mujer? Apuesto a que es partidario de los liceos de niñas, donde enseñan a las muchachas tantas inútiles pamplinas: esas matemáticas y ciencias naturales, esos binomios y elevaciones al cubo, y la física y la química...", le dice al nuevo maestro); el cura, hombre anciano e irresoluto, quien encabezaba en el pueblo el bando conservador, y Don Belisario, el primer alcalde, ducho en competir con el Subdelegado en tertulias y fiestas, y más preocupado de elecciones, cohechos y cosechas que en el progreso y bienestar del pueblo.

Incluso el inefable instrumento que acompañaba al normalista Mauricio, el violín, cuyo aprendizaje era un contenido instalado en su plan de formación docente y regalado al egreso (como lo vivió el propio Ortiz), no fue tan bien acogido como el de Ortega (*Cartas*). Las damas pueblerinas temían sus malévolos arpegios. "Cuando llevó su violín a la escuela para enseñar



canto, muchas señoras se escandalizaron y dijeron que tanto valdría llevar una cantora con su guitarra para que divirtiera las clases con cuecas y tonadas" (77). Hasta en esto se imponía el prejuicio rural frente a la 'modernización' escolar.

En tal escenario, Mauricio llegó a tener como vínculos sociales personales sólo la amistad de la familia de su colega, en particular, el amor por su hermana menor, sutil 'transferencia' de un anterior vínculo fraterno "Lucía, joven de dieciséis a dieciocho años, tomaba en la imaginación de Mauricio cierta semejanza con su propia hermana, pues tenía la misma edad que ésta y, como ella, unos ojos grandes expresivos..." (18). Y en un plano más proyectivo, la sabia guía de don Eulogio, el 'gringo de Patagual', quien le advierte y aconseja:

"el peligro real y efectivo que encierra el analfabetismo del pueblo y el abandono de su enseñanza, esa fuerza viva y fecunda en que los grandes estadistas de otras naciones fundan sus esperanzas para resolver todas las dificultades sociales y económicas que hoy agitan al mundo... La escuela, la gran niveladora de clases, la que humaniza a los de arriba y las que eleva a los de abajo hasta colocar a los unos y a los otros al mismo nivel... Y mientras nuestros legisladores cierran escuelas por falta de dinero, gastan más de cien millones en dos buques formidables...(101)....Mauricio, hay en Chile dos millones de personas que no saben leer, y de ellas cuatrocientos mil son niños que no van a la escuela... El ochenta por ciento de los maestros chilenos son hombres sanos, ilustrados, inteligentes y de firme voluntad.... (160).

El credo pedagógico que animaba a los maestros entonces y, en particular a Mauricio, tenía como pilares sólidos principios morales, laicos y solidarios:

"Recordaba todo lo que le habían dicho sus maestros y todo lo que había leído acerca del magisterio.- La misión del maestro es sagrada; es sólo comparable al sacerdocio... Tengo a mi cargo la tarea de formar almas, de ponerlas en comunicación con la verdad... Mi escuela, más que hombres sabios, debe formar hombres buenos, honrados, dignos, laboriosos y dispuestos a sacrificarse, si es preciso, por el bien de los demás... Les enseñaré a leer para que tengan a su alcance un medio de adquirir buenas ideas... historia para estimularlos al bien... desarrollar en ellos el amor patrio, que incluye el respeto y la observancia de mil deberes y la práctica de altísimas virtudes: el culto a la familia, el amor a las leyes, el espíritu de abnegación y de sacrificio por el progreso nacional y por el bienestar de todos los



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

ciudadanos y, en un círculo más amplio, de toda la humanidad... en obediencia a una conciencia ilustrada... (53).

Mauricio intentó inculcar tales preceptos socioculturales y masónicos en sus alumnos, sin mayor éxito, induciendo sí, desde sus experiencias, algunos saberes pedagógicos que le orientarán en sus quehaceres docentes futuros, como este profundo aserto psicoeducativo. "En la escuela se reflejan como un espejo los hogares de donde los niños proceden, con sus vicios, con sus virtudes, y con el ambiente de cultura o de rusticidad que en ellos domina" (71). En cuanto a su léxico y a la asimilación del decir popular, al igual que en sus obras precedentes, mantiene sus códigos hispánicos, aunque en distintos pasajes de su textura deslizará términos y dichos populares o autóctonos: 'guagua', 'está principiando la avienta de sus trigos', la 'botica', 'comer digüeñes', 'mistela' 'vihuela', 'guindado', el 'chinaje', el 'mate', 'manta de castilla', 'coihues', 'futrecillo', el 'empacho'...

Para demostrar que en todas partes se cuecen habas, un día es visitado por su contra-parte, Herminio Rojas, preceptor (interino) de La Rinconada:

"Tengo a los muchachos en un puño, porque el que me la hace me la paga. ¡Malos varillazos, coscachos y tirones de oreja se llevan los flojos y los desordenados. Y así los hago adelantar, créalo Ud.... El Visitador va a mi escuela apenas una vez por año..." (64).

En su siguiente obra *Caricaturas* (1916), en el artículo 'Entre maestros (Recuerdos de un profesor)' M.J. Ortega explica una diferencia que connotaba al magisterio de entonces entre preceptores normalistas e interinos, y la deficitaria formación de estos últimos que obligaba al Estado a dictar cursos especiales para ellos:

"Nada hay comparable a los apuros y congojas de los maestros interinos ante las exigencias de los nuevos métodos de enseñanza. Todo ha cambiado en ese terreno. El *Silabario de Sarmiento* y *La conciencia de un niño* están ya desterrados de las escuelas; las lecciones de memoria son un delito de lesa humanidad; el guante, el encierro y el poner de rodillas han pasado a la categoría de barbaries históricas; todo el antiguo sistema, en fin, tan fácil y cómodo para el preceptor, ha caído derrumbado ante el que trajimos de Alemania hace veinticinco años, el cual va quedando ya viejo a su vez ante la pedagogía utilitaria y republicana que empieza a llegarnos de Estados Unidos. Los maestros de hoy deben, pues,



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

saber muchas cosas que no sabían los maestros de antaño: deben tener ideas de psicología, deben ser amigos de Rousseau... y Pestalozzi; deben conocer a don Claudio Matte y su método fonético; deben saber tocar el violín y cantar un poco... Todo esto lo ha aprendido el preceptor propietario en las aulas de la Normal; pero el interino tiene que aprenderlo por su propio esfuerzo... o por los cursos de perfeccionamiento a que a veces el Gobierno suele llamarlo. El primero de estos cursos tuvo lugar hace ocho o diez años en una de las ciudades centrales del país..." (83-84).

Es notable el significado histórico-pedagógico y autobiográfico contenido en este apretado y mnémico párrafo. En él, el autor comprime tres momentos decisivos de la metodología pedagógica chilena: a) el del maestro casual (siglo XIX), no formado en la disciplina pedagógica ('interino'), b) el del maestro formado en la escuela 'alemana' (de los 'círculos concéntricos') y europea (Escuela Nueva), y c) el del maestro gradualmente forjado en la influencia deweiana de una educación activa y democrática, que trajera a Chile Darío Salas, el primero. En lo ideológico todas estas corrientes son cruzadas transversalmente por un mismo predicamento: la educación es el centro y motor de todo progreso y bienestar nacional. Cien años después, hoy, el mismo predicamento teórico alimenta las reformas y mejoras parciales al sistema educativo nacional.

Tras la frustrante experiencia de un año en el pueblo como el 'maestro', incluido el intento de crear una Escuela nocturna para adultos, todos aquellos ideales empezaron a hacer crisis en su subjetividad, y en su propia 'identidad de rol', al filo del fracaso:

"El maestro de escuela no es el apóstol abnegado, pero al mismo tiempo prestigioso y respetado que le habían descrito sus profesores. El maestro, para el pueblo, no es otra cosa que un insignificante empleado público, sin autoridad, sin prestigio y cuyo valer se fija por el traje que lleva, por las viandas que come y, por lo tanto, por el sueldo que gana.... ¿Y qué vengo a ser yo entonces? Se preguntó angustiado...(146).

Cuando estaba a punto de defeccionar, de abandonar la profesión de maestro, ahito de frustraciones y sumido en la desesperanza, será su amigo y ductor don Eulogio quien, con sus



Artículos para el Bicentenario

emotivas reflexiones, lo ayude a recapacitar, a seguir luchando por la cultura, junto a su amor, Lucía, con quien se reabre el camino de la esperanza en el futuro para Mauricio, el 'maestro'.

IV.- Síntesis y conclusiones.

Diversos críticos han coincidido en distinguir la escueta y sobria obra del maestro Ortiz. Entre ellos, H. Montes-J. Orlandi, quienes afirman: "muestra las estructuras de las costumbres de algunos grupos y regiones...con un estilo sencillo, sin amaneramientos... objetivismo detallista del naturalismo... con tendencia, propia de la España novocentista, a exaltar valores nacionales y el valor social de las buenas lecturas" (1982: 126). R. Silva Castro destaca "su pupila observadora y gracia para narrar" (1961, 233). Pero los juicios más pertinentes están contenidos en algunos de los prólogos de sus obras publicadas:

"entre lo mejor de su género que se haya escrito en Chile, y como una de las obras más genuinamente chilenas, más características de nuestro país y más honrosas para nuestra cultura, por la lengua y el estilo, que haya salido de manos de un chileno. Ortiz ha vivido, sin duda alguna, esa vida de aldea que describe en sus cartas... El carácter nacional está pintado en la obra de Ortiz con una verdad asombrosa. El chileno socarrón, desconfiado, marrullero, con muchas buenas virtudes, pero con una moral poco firme y poco alta, politiquero, enredoso, patriota y egoísta a la vez, resignado como un árabe y valiente como un araucano, está en las 'Cartas de la aldea' más vivo, más espontáneo, mejor observado que en otro libro alguno de cuantos se han escrito por chilenos o extranjeros sobre nuestras costumbres" (Carlos Silva Vildósola, 1908. Primera edición).

Su amigo Josías Paredes, en la segunda edición de *Pueblo chico* (1932), junto con condenar la 'vociñlería farandulera', celebra la matriz de "emociones del alma y los dictados de un criterio honrado y culto", adjetivando la obrita como 'sólida y discreta', 'donosa'. Celebra "del maestro de Villabaja, cuando proclama la influencia redentora de la educación escolar y la coloca por encima de otras influencias de prepotencia y predominio milenarios".

Si bien es cierto que el sesgo comunicativo, el estilo coloquial, la expresión vivencial de lo cotidiano, distinguen la obra de Ortiz, insistimos que su bellista facturación hispánica opera como un prisma ideológico que omite la visión de importantes ámbitos de la realidad social, ocultando la



Artículos para el Bicentenario

expresión de formas de la cultura y del lenguaje popular. En tal sentido resulta una excepción en la serie de novelas de entonces que, en su mayoría, dejan estampadas en el papel las representaciones sociales del pueblo: del inquilino rural, de las prostitutas, de los obreros (A. D'Halmar, B. Lillo, F. Santiván, José S. González-Vera, o J. Edwards Bello). Igualmente notable es su posición pasiva frente a la injusticia social directamente vivida, como de cómodo testigo intelectual que adopta el 'maestro' descrito en las obras de Manuel J. Ortiz, imagen que no se corresponde con la actitud contestaria que ostentaban los grupos docentes, especialmente los primarios, de la época en sus gremios y publicaciones. Sin embargo, una lectura transversal de su obra, que incluye la evidente similitud de perfiles de sus 'maestros', permite, sin duda, rescatar el espíritu de los tiempos, vinculándonos vicariamente con la historia e identificándonos con los altibajos socioculturales y económicos en que transcurría el ejercicio del rol docente en la aldea chilena.

Lo que se evidencia como representación social del 'maestro' normalista en las obras de Manuel J. Ortiz es fundamentalmente: a) su profunda motivación vocacional y de 'servicio público'; b) la incompreensión, los prejuicios (el caso 'violín) y la carencia de apoyo social para realizar su tarea docente y cultural; c) las paupérrimas condiciones salariales y de condiciones de vida personal y laboral que debía enfrentar el maestro rural entonces; d) la actitud pasiva y acomodaticia de algunos frente a la injusticia social, otorgando a la educación un rol determinante en los cambios socio-económicos, muy representativo de lo que fue el Partido Radical en el Chile de comienzos del siglo XX.

Aquella aldea escenario de sus 'cartas', representada por la Municipalidad de San Ignacio (Ñuble), ha resignificado y rescatado al antiguo maestro de su Escuela, Manuel J. Ortiz, colocando su nombre a una de sus calles principales y al Liceo de la Comuna (C-15), y reeditando su singular epistolario magisterial en 1996. Igualmente su nombre e imagen se conserva en la memoria regional a través de la excelente recopilación ilustrada de personajes de Ñuble, a cargo de Alejandro Witker (*La silla del sol*, 2006). Es la forma adecuada y justa, por un lado, de recuperar aquel acervo cultural, base de nuestro proceso identitario nacional y, por otro, de legitimar en el espacio público y reconocer socialmente el insubstituible rol que desempeñaran los maestros normalistas en la consagración de la figura del Profesor en Chile.



Artículos para el Bicentenario

V.- Bibliografía

A) Del autor (Manuel J. Ortiz / M.J. Ortega)

- (1896) *Ejercicios practicos de Castellano* (con Türke, J.), Barcelona, Santiago.
- (1932) *Pueblo chico, 1904* (2ª. Ed.- Pról.: J. Paredes), Universitaria, Santiago.
- (1996) *Cartas de la aldea. Artículos de costumbres chilenas, 1908* (reed. con 'Juicio crítico', de C. Silva Vildósola, y Prólogo de Carlos R. Ibacache), Municipalidad de San Ignacio, Ñuble.
- (1914) *El maestro (novela)*, Universitaria, Santiago.
- (1916) *Caricaturas: artículos de costumbres chilenas*, Universitaria, Santiago.
- (1935) *Relatos y comentarios: tipos y escenas de la vida nacional*, Letras, Santiago.

B) Referencia general

- Arancibia,P.-Guerra,J. (1991) 'La novela como fuente histórica', en Revista *Universum*,
Universidad de Talca.
- Bravo,G.-Pinto,J.(eds.)(2001) *Chile, 1880-1930, Literatura e Historia Social*, UMCE, Stgo.
- Martínez, O. (1948) *El maestro ciruela*, Magister, Santiago.
- Montes,H.-Orlandi,J. (1982) *Historia de la literatura chilena*, Zig-Zag, Santiago.
- Rubilar, L. (2003) *Psicobiografía de Pablo Neruda (Identidad psicosocial y creación poética)*, IDEA-USACH, Santiago.
- (2003) 'Les misérables, una novela histórica y pedagógica', en *Perspectivas Educativas*, Facultad Filosofía y Educación, N°1, UMCE, Santiago.
- (2004) *Del Instituto Pedagógico a la UMCE*, UMCE, Santiago.
- Silva C., R. (1961) *Panorama literario de Chile*, Universitaria, Santiago.
- Witker, A. (2006) *La silla del sol. Crónicas ilustradas de Ñuble*, U.Bío-Bío: Chillán.
- c) ENTREVISTAS: Sr. Eduardo Ortiz (nieto), Santiago, 11 de mayo, 2006.